

Yo —ahora soy yo quien dice— no tomé nota exacta y minuciosa de todas las palabras que acabo de poner en boca del señor Rodríguez; mas como se me pegaron los modos llaneros de hablar y por otra parte quiero aprovechar esta ocasión para rendirle a la memoria del señor Rodríguez un afectuoso tributo de mí agradecimiento, por todo lo que desde aquella tarde le quedé a deber, como ya se irá viendo, le he cedido la palabra y ahora se la devuelvo.

— Pero como en toda vida hay horas menguadas —es Rodríguez quien habla— y si uno no le pone mala cara a la primera de ellas todas se le vuelven de esa especie —o como dice el llanero si uno no le atraviesa ligero el caballo a la primera res que se le quiera salir de la madrina, todo el rodeo se le convierte en barajuste por la sabana— el doctor de quien le hablo, que se descuidó con las primeras ganas que le dieron de saborear el aguardiente, no tardó mucho en entregarse a él por completo, olvidándose de todo.

Seguramente yo me enderecé de pronto en la silla que ocupaba, en torno a aquella mesa, porque el señor Rodríguez acababa de presentarme a Lorenzo Barquero. ¿Un caso frecuente en todas partes? Sí. Pero un caso dramático que allí tenía un sentido especial. Un hombre culto, egresado de una Universidad, que se interna en un hato y se pone por delante, a todas horas, el espectáculo invariable, hermoso, pero abrumador, de la sabana inmensa, desierta, bárbara. La llanura devoradora de hombres que pidan algo más que ocasión de rudo ejercicio de hombría, sobre el caballo, atajando los barajustes del ganado.

¡Ejercicios de hombría! Y no bien lo pienso, cuando el señor Rodríguez —la buena suerte no se desdeña de ponerse apellidos usuales cuando quiere favorecernos, como a mí aquella tarde— pasa a preguntarme:

— ¿Y de las famosas guerras entre. . . —aquí dos apellidos de familias muy conocidas en los llanos venezolanos— conoce usted la historia?

Dos familias que se habían declarado guerra a muerte, por una de esas disputas por linderos, aquí o más allá, que casi siempre hacen dramática la posesión de la tierra... Y ya estaban mis Barqueros dispuestos a matarse contra mis Luzardos, por unos palmos de sabana donde habría un tremedal. Ejercicios de barbarie.

Pero hay que advertir, para que mejor se entienda lo que luego viene, que eso de barbarie imperante no era sólo cosa de los Llanos, sino tragedia de Venezuela entera bajo una dictadura oprobiosa, dimanante de las guerras fratricidas que durante largos años habían ensangrentado el país.

Y oigan esto, señoras y señores:

— ¿Ha oído usted hablar de doña...?

Es Rodríguez, que ya está presentándose a Doña Bárbara. El secreto profesional me obliga a callarme el nombre de la mujerona auténtica de donde yo saqué mi apasionante copia; pero les doy palabra obligada a veracidad de que sólo fue hermosura atrayente lo que yo de mi cosecha le puse a la mujerona de El Miedo, codiciosa, supersticiosa, lujuriosa. La devoradora de hombres, la llanura bárbara ya en carnes apetecibles de mujer.

Eso y aquel comienzo de vida bárbaramente maltratada. Aquel amor de Asdrúbal frustrado por el crimen y aquel festín de doncellez, a orillas del Orinoco, lejos el bronco mugido de los raudales de Atures, cuando cantó el yacabó. Porque violencia sólo de violencia puede naturalmente provenir y odio implacable debe de tener origen en daño, monstruoso, sufrido.

¿Símbolo? Sí. De cuanto entonces era predominio de barbarie y de violencia en mí país. La codicia y la crueldad campeando por sus fueros; el espaldero siniestro, y no uno, sino todo un ejército que otra función no tenía; los Mondragones expertísimos en trasladar los términos de El Miedo.

Altamira adentro, y no tres solamente, sino congresos de ellos, que hacían ceder los principios ante el empuje de los apetitos arbitrarios y ponían las limitaciones de las leyes donde lo quisieran las ganas del poderoso; el Balbino Paiba bribón, el Míster Danger aprovechador; el Pernaleta autoritario y bruto y el infeliz Mujiquita, encargado de prestarle intelectualidad a todas las apetencias del jefe:

— Sí, mi General. Sí, mi General.

Pero realidad, documentos vivientes, esparcidos por todo Venezuela y aquella tarde de abril generoso, personajes en busca de autor —cual los del autor Pirandello— sólo que en las orillas del Apure y mediante la amabilidad del señor Rodríguez.

Dantesca era la pintura de círculos infernales que así me iba a quedar: mas habiendo sido tan recia, pero al mismo tiempo tan cautivadora la impresión que me había producido la tierra ancha y tendida, toda horizontes como la esperanza, toda caminos como la voluntad, no podía yo complacerme en el drama desolador de un Lorenzo Barquero, en quien los suyos habían cifrado ilusiones, devorado por el sensualismo de la hembra bárbara, codiciosa, supersticiosa, lujuriosa, e inventé a Santos Luzardo y a Marisela, las únicas figuras totalmente

mías: la idea-voluntad civilizadora de la barbarie y el fruto inocente de los contubernios culpables, que no debía perderse también en el tremedal de las depravaciones. La posibilidad de acción y la indestructible esperanza.

Porque no soy un escritor de novelas ni para solazarme en humanas miserias, ni para evadirme de la realidad; sino antes bien para captar y fijar en obra estimuladora de algún interés, los rasgos característicos de lo cotidiano sobre los cuales debemos poner atención; pero tampoco un realista, de posición asumida dentro de un encasillamiento exclusivamente artístico, que se limite a copiar y a exponer lo que observó y comprobó, sino que, por obra de costumbre docente —ya advertí que iba a hablar un poco de mí mismo, mas no para recomendarme sino para presentarme— aspiro a que mi mundo de ficción le retribuya al de la realidad sus préstamos con algo edificante. Y a tal propósito obedeció, por ejemplo, el capítulo de *Doña Bárbara* titulado «La estrella en la mira», —empinamiento a cielos desde infiernos— donde la mujerona, a punto de cometer el más espantoso de sus crímenes, ya con el arma dirigida al pecho de la hija que le arrebatava el amor de Santos Luzardo —pues para ella toda ajena posesión de algún bien era atrevimiento contra cosa suya—, le ocurre el intempestivo abandono de corazón a la mínima porción de bondad que allí se le hubiese salvado de los estragos de la violencia y bajo el peso imponderable de la pequeña chispa de luz que brillaba en el extremo del arma certera, se le rinde el brazo, se le despierta la madre reprimida y en la aceptación dolorosa se le desliza la generosa.

— Es tuyo. Que te haga feliz.

Yo acabo de leer las interpretaciones freudianas, un poco malabaristas como las más de ellas, que un compatriota mío, de indiscutible ciencia, en esos dominios de perturbaciones espirituales, ha hecho a propósito de mis personajes novelescos, y me han llenado de asombro, de estupor e incluso de miedo, las dimensiones que ellos adquieren dentro de las perspectivas del psicoanálisis conforme al cual, según parece, no hay forma de amor que no resulte de alguna manera incestuoso. El hecho de que un especialista en absorbente y apasionante rama científica haya apartado sus ojos de sus enfermos reales para detenerlos durante buenos ratos en mis atormentados personajes, debe causarme satisfacción y me la ha producido, en efecto, pues si me hubiesen resultado muñecos sin densidad humana, ni que mencionarlos siquiera; pero sin atreverme de ninguna manera a tanto como se

atrevió con su médico el paciente de hace un rato, sino porque el autor del referido estudio psicoanalítico es un venezolano consciente, dotado de buen instrumento de observación, me aventuro a preguntarle desde aquí, con todos mis respetos, si no se explicarían también algunos de los abismos psíquicos de mis antedichos personajes, enfocándolos desde el punto de vista de las deformaciones que el imperio de la violencia y de la iniquidad en la historia de nuestro país, ha tenido que causar en algunos espíritus y especialmente en aquellos que mejor me han servido para las materializaciones de mis inquietudes político-sociales. Que es como decir: los pies sobre la realidad. Por ahí nos dolía, doctor. Y no tome usted a mal, que no en la atormentada cabeza de Edipo.

Tenebrosa hubo de tener el alma la mujer real de quien saqué los elementos fundamentales de Doña Bárbara y atormentada además se la puse a ésta, con el trágico desenlace de sus breves amores iniciales con Asdrúbal; más no para decirles a mis lectores:

— ¿Quieren monstruo? Aquí tienen uno.

Sino porque la concebí dentro de sus relaciones significativas con el drama de dimensiones nacionales que estábamos viviendo los venezolanos y el recuerdo de Asdrúbal, del posible amor bueno que le frustraron el homicidio y la violación, sin dejar de ser tragedia en el alma de una mujer, podría simbolizar las memorias dolorosas en Venezuela de aquel buen comienzo brutalmente interrumpido por el fatídico clarín de las guerras fratricidas, cantos de yacabó.

Mas, como ya se sabe, yo no podré nunca acomodar mi posición espiritual ante la vida ni a las hurañas actitudes pesimistas ni a las displicentes del escepticismo y en vez de complacerme en el irremediable mal que aquella vez le hicieran a la enamorada de Asdrúbal, en vez de admitir como una fatalidad la aridez definitiva de su corazón, ya sólo capaz de odios implacables, le tomo a una estrella lejana, temblorosa sobre la negrura de la noche llanera —como los románticos, sí, con todo lo que ahora muevan a sonrisa despectiva— una pequeña chispa de su luz y la deposito sobre la mira del arma dispuesta al más espantoso de los crímenes, a ver qué pasa.

Yo dejo ese pequeño destello de celestial fulgor en las miras de todas las armas que en mi tierra estén alzadas contra el derecho a felicidad de mi gente.

Doña Bárbara desapareció de la noche llanera, después de aquella repentina iluminación de la madre frustrada y reprimida que llevaba en